

gracia, pero se consume por la naturaleza, y la naturaleza está encerrada en el ejercicio de vuestra razón y la razón de vuestros padres; porque ni ellos podrán conseguir nada, si no cuentan con vosotros, ni vosotros por cierto adelantaréis cosa considerable, si no contáis con ellos. Por muy felices que sean las disposiciones que os haya concedido el Señor, por muy despierta que esté vuestra razón, y claro que sea vuestro talento, necesitáis de maestro. ¿Tendréis más razón, más experiencia y más talento que el mundo? Pues habéis de saber, oh jóvenes, que el mundo estaba en las tinieblas, y no pudo por sí saber la doctrina: hubo menester de uno que se la enseñase: Jesucristo bajó del cielo á ejercer este nuevo cargo á fin de preparar los hombres á la redención, y por esto, sus oficios más principales, como dice nuestro libro, fueron los de *Salvador* y *Maestro*. Regeneró al mundo con las doctrinas. ¿Y qué doctrina enseñó? La misma que vosotros estáis aprendiendo, la doctrina cristiana. Subiendo al cielo dejó en la tierra quien enseñara en su nombre, una maestra para todo el mundo, esta maestra es la Iglesia: maestros para toda la Iglesia, para reinos, naciones, provincias, diócesis, parroquias, aldeas y simples familias: es decir, los sumos pontífices, los patriarcas, primados, arzobispos, obispos, curas, simples sacerdotes, maestros particulares y padres de familia. Ved pues en ellos á vuestros maestros, y estad seguros que correspondiendo á sus instrucciones, prestando á su voz, seréis sabios y también felices.

Réstame tan solo, católicos, deciros la parte que yo me propongo tomar en estos medios, hablaros del orden que pienso seguir en estas santas instrucciones.

No sé cuanto ganaria ó cuanto perderia el método con-

siderado independientemente de vosotros, si yo prescindiese del camino que nos traza nuestro manual catecismo; pero sí sé, que todo seria perder, si cayera en la tentación peligrosísima de adoptar un plan enteramente nuevo. Vuestro catecismo, hermanos míos, referido á vuestra razón, es infinitamente más de lo que á primera vista aparece considerado en sí mismo. Dado que hubiese otro mejor por su método, pues no puede haberle mejor por su doctrina, nunca debería sustituirse, y os voy á decir luego porqué. Este manual catecismo que todos tenemos no es el libro de una sola familia, de uno solo pueblo, de una sola generación: es el libro de muchas naciones, de cuantas hablan nuestro propio idioma; ha sido el de muchas generaciones, de cuantas contamos en la cadena dilatadísima que corre hasta nosotros desde su primera publicación: él representa, señores, la ciencia común de muchos pueblos en materia de doctrina: su contenido forma ya una parte de nuestros hábitos intelectuales: su idioma está puesto al nivel de lo que nos es más familiar: sus ideas corren á la par en la misma distancia que las que tenemos acerca de las necesidades más ordinarias de la vida. ¿Qué empresa tan difícil pues, la de cambiaros el texto! ¿qué ventajas podrian compensar la penosa violencia de tantos hábitos! ¿con qué reemplazaríamos esa incontrastable firmeza con que se radican en el alma las ideas que reposan sobre los hábitos intelectuales de algunos siglos? No: mis instrucciones irán fundadas sobre vuestro libro, y esta es la primera condición de mi plan.

En todo seguiré pues, el texto de nuestro manual catecismo del Padre Ripalda en el orden de sus declaraciones, comenzando por explicaros la que sirve de pre-

liminar y se dirige nada ménos que á dar una idea grande y maravillosa de este nombre con que nos distinguimos, de esta señal divina que llevamos á la faz del cielo y de la tierra cuantos hemos renacido en el Espíritu Santo por medio del Bautismo, y estamos alistados en la celestial milicia de Jesucristo vida nuestra, bajo la enseña sublime de la Cruz; y por último de las graves obligaciones que nos incumben acerca de nuestro último fin. De aquí, como de un principio comun, parten esas grandes ramificaciones en que está distribuida la doctrina cristiana, que no es, digámoslo así, sino la sublime, la incomparable, la divina ciencia de nuestro último fin. Estas verdades fundamentales serán pues la materia de las siguientes instrucciones, que consideraremos como preliminares.

Hecha esta preparacion, que es al mismo tiempo histórica, moral y fundamental, procederé á explicar todos los puntos concernientes á la doctrina cristiana, distribuyendo mis pláticas en cuatro series, segun las cuatro partes en que aquel está distribuido.

En la primera de estas series hablaré de todos los dogmas fundamentales del cristianismo, explicando uno por uno todos los puntos del símbolo, ó artículos de la fe. Sin apartarme de los términos precisos y del orden con que se exponen allí estas verdades santas de la fe católica, haré lo posible para haceros percibir y entender las relaciones íntimas que tienen unos dogmas con otros, á fin de que rindáis humildes y fervorosos tributos de fe, de amor y de adoracion á la sabiduría y bondad infinitas que tanto brillan en el imponente conjunto de nuestros dogmas. Procuraré ligar, siempre que me lo permitan las leyes de nuestro catecismo, la exposicion de estas santas ver-

dades con el sistema del mundo, la historia del hombre y los destinos futuros de la humanidad.

Antes de proceder á la exposicion de los preceptos, procuraré haceros entender cómo ellos son y deben ser necesariamente la consecuencia práctica de nuestra fe; cómo esta prepara los caminos por donde ha de andar la lei de Dios en el corazon de la humanidad, y cómo en el cumplimiento de aquellos está cifrada nada ménos que la plenitud, la consumacion y la vida celestial de nuestra fe. El hombre todo, tratándose de su excelencia y de su fin, viene á reconcentrarse en su alma; correrá por lo mismo la suerte de su alma; será perfecto si su alma es perfecta; será feliz, si su alma es feliz. Ahora bien, el alma es toda entendimiento y voluntad; esta necesita de aquel, porque no abraza ó desecha sino lo que conoce. El entendimiento representa la luz, la voluntad representa el camino que conduce á la vida; la luz es la verdad, el camino es la conducta, la vida es la bienaventuranza. El entendimiento, cuando cuenta con la fe, vive con la luz y la verdad; la voluntad, cuando anda con la lei de Dios, adquiere la virtud y sigue siempre el verdadero camino; el hombre que anda segun la fe y segun la lei de Dios gana la vida eterna, que es una consecuencia práctica de los principios y de la conducta; y como Jesucristo es *la verdad, el camino y la vida*, el símbolo y los preceptos son los estrechísimos y eternos lazos que nos han de unir con Jesucristo. He aquí, hermanos míos, las ideas con que debo introducirme á la segunda serie de mis pláticas, á fin de que tengáis una idea mas perfecta de la lei de Dios y de su Iglesia.

Estas condiciones metódicas podrán allanarme los obs-

táculos que pudieran hacerse á mi explicacion por la inteligencia de mi auditorio; mas resta con todo limpiar el campo de otra clase de estorbos, quitando de en medio los inconvenientes del corazon. Ya os dije que sin Dios nada podemos hacer, que con Dios lo podemos todo, pero que Dios nada concede sino en razon de la solicitud con que le pedimos. Esta solicitud, como bien lo sabéis, está reglamentada en el código que prescribe la oracion, y me llama por lo mismo á exponeros en la tercera serie de mis pláticas las leyes y las reglas á que la moral sujeta el arte sublime de conquistar los mayores bienes de la gracia por medio de una oracion legítima, bien dirigida y sólidamente apoyada.

Mas como los bienes que el Señor se digna comunicarnos para que lleguemos á nuestro fin fluyen de tantos manantiales cuantos son los sacramentos de nuestra Santa Madre la Iglesia, instituidos por su Divino Esposo nuestro Señor Jesucristo, ellos deben formar el fondo y la materia de la cuarta y última serie en que van á ser distribuidas estas instrucciones doctrinales.

Os he dicho ya, hermanos míos, cuanto me proponia deciros acerca de la importancia de la doctrina cristiana, de las disposiciones con que debéis asistir á su santa predicacion, y de los medios que deben ponerse en práctica de parte mia para exponerla con mas fruto, y de parte vuestra para oirla con mayor aprovechamiento. Habéis visto que ella es el depósito único de la verdad en cuanto cumple á nuestro último fin, que de ella emana ese poder incalculable de que nos reviste la esperanza, y que en ella se forman esos lazos indisolubles que nos unen perdurablemente con Dios por medio de la continua caridad. Tambien habéis entendido cómo de vuestras disposiciones de-

penderán vuestros frutos, cómo debéis asistir con fe, con confianza y con solicitud, y cómo estas condiciones bastan para que acopiéis en vuestras almas toda la luz, toda la doctrina y toda la sabiduría de que ha menester cada uno de vosotros para que, segun las diferencias de su estado, clase y condicion, realice en sí los designios altos de su Criador, fecunde la misericordia de su Salvador, y adquiera la corona inmarcesible que reserva un Dios Glorificador para ceñir las sienes del justo. Finalmente, habéis tenido á vuestra vista dos escalas metódicas, una que debéis recorrer vosotros con vuestro estudio, y otra que debo seguir yo con mis instrucciones. No resta ya pues, hermanos míos, sino que reuniendo en un punto de vuestra alma tan preciosos documentos como acabo de daros, y haciéndola correr por los verdaderos caminos al impulso noble y santo de una instruccion tan edificante, hagáis lo que se os pide, para que la obra de Dios sea felizmente consumada en la recta propagacion de su luz y su gracia por este pueblo escogido para ser su heredad y su gloria.

¡Oh si vosotros, atentos al celestial origen que habéis recibido en la fuente que nos regenera en el Espíritu Santo, y al sublime y glorioso fin para que fuisteis criados, y plenamente convencidos de que á este fin solo se llega *con obras de fe, esperanza y caridad*, consagrareis á la posesion de esta ciencia, que nos enseña á creer, á esperar, á pedir y á obrar siempre en el sentido de tan alta vocacion, los días que aun os faltan para concluir vuestra jornada sobre la tierra! ¡Oh sí desde ahora, mas atentos que nunca á estudiar la lei santa del Señor, hicieseis de ella vuestra meditacion constante, como el Profeta-rei! Tened por seguro, cristianos, que os elevariais al mas alto grado en la escala del entendimiento y del co-

razon, adquiririais el mas temible poder contra vuestros enemigos, os elevariais sobre vuestros maestros, superariais con esta ciencia divina la consumada prudencia de los ancianos; pues tales son los preciosos frutos de la palabra de Dios constantemente meditada. ¹ Él derrame sobre vosotros sus bendiciones todas y cumpla mis deseos, haciéndoos instruidos y virtuosos, para que seáis perfectos y bienaventurados.

(1) Quomodo dilexi legem tuam, Domine? Tota die meditatio mea est.—Super inimicos meos prudentem me fecisti, Super omnes docentes me intellexi; Super senes intellexi, quia mandata tua quæsivi. PS.—Cap. XVIII, vv. 97, 98, 99, 100.



PLÁTICA SEGUNDA

SOBRE

LA DIGNIDAD Y EXCELENCIA

DEL

CARÁCTER DE CRISTIANO,

PROBADA CON LA PERSONA DE JESUCRISTO,

SU MISION

Y

SUS RELACIONES CON LA HUMANIDAD.

Deus... donavit illi nomen quod est super omne nomen, ut in nomine Jesu omne genu flectatur.

Dios... le dió un nombre superior á todo nombre, á fin de que al nombre de Jesus se doble toda rodilla.

Epist. de S. Pablo á los Philipenses, cap. II, vv. 9 y 10.



DES que yo vengo á enseñaros, hermanos míos, y vosotros venís á aprender la doctrina Santa de la Iglesia, debo sin duda comenzar ilustrando las ideas relativas al carácter con que vosotros y yo nos presentamos en la casa de Dios á la explicacion catequística. Este carácter es el de *cristianos*. Con este nombre nos distinguimos ante todos los pueblos y en todos los siglos: este solo nombre compendia en sí toda la historia de la religion y de la humanidad, representa, no lo dudéis, cuanto puede referirse á la religion y su objeto, á nuestra naturaleza ennoblecida y nuestro último fin. Si se nos pregunta ¿cómo nos llamamos? harémos revivir con nuestra respuesta los hechos mas

†